

Me satisface y honra recibir el Premio Nacional de Periodismo, en su cuarta edición ciudadana, al mismo tiempo que este conjunto selecto de profesionales que a través de diversos géneros y medios han ofrecido a sus lectores, oyentes y televidentes porciones, instantes de nuestra vida y de nuestro tiempo en forma sobresaliente. Así lo consideró el jurado, integrado también por miembros notables de nuestro oficio a quienes expreso mi agradecimiento, y el de nuestros compañeros, por la decisión que nos reúne esta noche. Tuve el privilegio de presidir un sínodo semejante, el año pasado, y pude percatarme de que el Consejo ciudadano selecciona a los integrantes del jurado con el propósito de garantizar la seriedad y diversidad necesarias para evitar exclusiones y rutinas. También doy las gracias, en consecuencia, a dicho Consejo, que desde hace cuatro años imprimió un nuevo sentido a esta premiación, surgida de la sociedad civil y en función de sus intereses y sus anhelos.

No consulté a los premiados, en cuyo nombre hablo en este punto específico de mi discurso, pero estoy seguro de que experimentan la consternación y la indignación que ahora expreso por la suerte de los periodistas que en los meses recientes han sido salvajemente asesinados. En este momento mismo, cuando con justificados motivos aquí nos dejamos ganar por el orgullo y la alegría de recibir un galardón de gran prestigio, la familia de Alfredo Jiménez, sus compañeros de **El Imparcial** de Hermosillo, tienen el alma roída por la incertidumbre acerca de su paradero, del destino de este joven reportero. Para infortunio de todos, cada día que pasa, desde hace un mes en que desapareció, nos aproxima a la terrible certidumbre de que se le haya privado de la vida, como aconteció con Guadalupe García y Raúl Gibb, ella ultimada en Nuevo Laredo, donde ejercía el

periodismo radiofónico, él en Poza Rica, donde dirigía el diario **La Opinión**.

Esos atentados, y sus secuelas, nos sitúan frente a un grave y doble problema que hoy enfrenta el periodismo mexicano. Aunque no se haya extirpado del todo el autoritarismo que de diversos modos intenta someter a sus concepciones e intereses la práctica de nuestro oficio, hoy la delincuencia organizada, el narcotráfico, se perfila como el principal enemigo de nuestro hacer, de nuestras libertades. Si no cesa en su ruin negocio que pudre a la sociedad, y no se detiene en corromper a quienes deben combatirlo, menos vacila el narcopoder en su intento de silenciar a quienes alertan en los medios sobre su creciente y pernicioso presencia, por sí o a través de sus ramificaciones como el tráfico de armas y el lavado de dinero.

A la ofensa de las agresiones se agrega el agravio de la impunidad. No es privativa esa lenidad respecto de los crímenes en que las víctimas son periodistas. Es un mal que ensucia todas las capas de la sociedad, es un mal de muchos para indignación de tantos. Puesto que los periodistas no esperamos contar con trato privilegiado, en la vida ni en la muerte, demandamos que todo asesinato, que todo secuestro, incluidos los de nuestros compañeros, sean aclarados, y llevados ante la justicia sus autores. No sobra repetir que la impunidad de un crimen genera otros muchos, y también por eso, y no sólo por restañar la lesión que cada delito provoca en la sociedad, debe ser castigado quien los cometa.

Dado que el premio que recibo se me ha otorgado por trayectoria, solicito su autorización y benevolencia para referirme brevemente a ella. No se preocupen, no haré un canto a mí mismo sino que me referiré a algunos aspectos de la cambiante realidad de nuestro periodismo en el casi medio siglo en que he estado vinculado a él.

Cursé esa carrera (como también la de derecho) en la Universidad

Nacional. No en vano se incluyó el periodismo en las ciencias políticas y sociales que se enseñan en la escuela nacional entonces, hoy facultad, de ese nombre. El rigor en la pesquisa, la claridad en la exposición, el compromiso frente a la gente, son pautas que allí me fueron transmitidas. Gocé el privilegio, uno de los que la vida me ha prodigado, de tener entre otros a Fernando Solana como profesor, y luego tuve la fortuna de contarlo como maestro y amigo. Su moderna visión del periodismo (y de la política y el gobierno, como lo mostró a su paso por tres secretarías de estado, un banco público y la senaduría) sirvieron de acicate para mi temprana formación, una formación que no concluye nunca sino que es un proceso de exigencia perenne.

Mi primer director fue Manuel Buendía. Me contrató como reportero de un semanario, **Crucero**, que dirigió en 1964 después de haber sido director de **La Prensa**. Durante los veinte años siguientes, hasta que el poder ilegítimo y acaso el legal también (¿no era su asesino el jefe de la policía política del régimen?) lo ultimaron, fui cercano testigo del modo en que Buendía transformó el periodismo a través de su columna Red privada, donde tantos velos levantó en su combate contra la opacidad y las arbitrariedades. En un periodo en que los lectores admiraban la valentía de los periodistas insumisos, Buendía la impregnó de inteligencia, que es la nueva virtud que hoy merece y aprecia el público.

En diciembre de 1966 ingresé en la redacción de **Excélsior**. Casi dos años después fue elegido director general de ese diario Julio Scherer García, a cuyas órdenes trabajé allí hasta el 8 de julio de 1976. No oculto el orgullo —por lo contrario, lo ostentaré siempre— de recibir hoy un premio formalmente semejante al que se le discernió hace dos años, la primera vez que este consejo lo otorgó.

No se me escapa en lo absoluto la diferencia sustantiva entre la trayectoria premiada entonces y la que hoy se reconoce. Con sólo su trabajo como reportero, dotado de una visión muy por encima de la media, que estaba entonces al ras del suelo, Julio Scherer hubiera merecido galardones. Pero al frente de **Excélsior**, de donde lo arrojó la mezcla letal de poder arrogante y vulgaridad mezquina y estulta, y al frente de **Proceso**, consolidó el papel de la prensa como ingrediente desazonador, inconformista, lo más distante posible de los convencionalismos.

De la nada en la que el autoritarismo quiso sumergirnos, pude participar al lado de Julio Scherer en el primero de los órganos de prensa relevantes a cuya fundación la vida me permitió contribuir, en este caso como director gerente. Para crear **Proceso** se reunieron las convicciones y el empuje de un puñado de profesionales y la solidaridad activa de la gente, que ejerció por primera vez entonces el derecho de tener la prensa que necesitaba. El esquema de financiamiento social de esa revista se reprodujo en **La Jornada**, en cuya forja participé también y donde realicé tareas de dirección y escribí la columna Plaza pública. Ésta surgió ahora hace casi 28 años, con el apoyo eficaz, nunca suficientemente agradecido, de Luis Javier Solana. Presente hoy aquí, lo estuvo también hace 24 años, cuando por primera vez recibí el Premio Nacional, entonces en la categoría de género de opinión. Era ya entonces, como lo es ahora en plenitud, un campeón de la libertad de información, de la transparencia pública.

Hace más de once años, afectado pero no vencido por la censura gubernamental en la radio comercial, hallé en un medio público, Radio Universidad Nacional, el espacio de libertad que en un ámbito semejante, Radio Educación, había antes ayudado a estimular. La Universidad Nacional, la casa donde comenzó mi formación y a la

cual vuelvo los ojos siempre en busca de orientación, me honró en 2003 con el Premio que lleva su nombre. En aquella emisora de la Secretaría de Educación Pública alcanzaron las ondas radiales los escritos de don Francisco Martínez de la Vega, otra de las presencias tutelares en mi camino.

Nunca, ni en los periodos de mayor soledad, ha sido mi tarea resultado de un esfuerzo individual. No lo fue mi vida entera. Por eso agradezco y dedico este premio a mis seres queridos, y a todos aquellos con quienes he compartido esta trayectoria profesional. Compañeros periodistas o de otras especialidades en los medios, sin su aportación al trabajo que es siempre colectivo y solidario, el mío hubiera sido imposible. Más la fortuna que el infortunio me condujeron a muchas casas de trabajo. Privilegio hoy mi pertenencia a Reforma, el diario donde por tiempo más prolongado he servido.

No estoy, supongo, no quiero estar, cerca de mi ocaso. Pero cuando lo esté, si me fuera dable volver la mirada atrás y reemprender el camino, lo haría por la misma ruta, hacia el mismo rumbo, no porque la andadura me haya provisto sólo de satisfacciones y no hubiera errado más de una vez, sino porque me ganaría de nuevo la pasión por servir mediante el uso de este instrumento, siempre necesario en la sociedad, cada día más útil.

Al calificarlo así no me engaño deliberadamente, no cierro los ojos a la autocrítica. La nueva sociedad mexicana requiere de más en más una prensa mejor, más profesional, menos proclive a admitir advenedizos, más laboriosa, más exigente consigo misma, una prensa que no requiere el amañado acicate de las denuncias penales o civiles para indagar con seriedad sin dañar la honra de las personas. Hoy mismo somos testigos de los usos facciosos, mezquinos, que se da a concesiones de medios electrónicos cuyo destino debía ser el interés general, garantizado por una legislación

cuya necesaria reforma ha sido una vez más sofocada. Pero también hemos atestiguado, y testimoniado, el poder de los medios para contribuir a evitar el deterioro de nuestra incipiente democracia por la aplicación política de la procuración de justicia y la exclusión de los diferentes.

En el esfuerzo de cada día, con el premio cotidiano, tan importante como este, que ofrece la sociedad a los practicantes genuinos de este oficio, está la garantía de que haremos el periodismo que reclama la sociedad y requiere sobre todo su mayoría menesterosa de México, un periodismo que le haga bien, no que la adocene sino la enriquezca, le permita saber de sí, conocerse para liberarse.